

AUTOR INVITADO

¿Comunismo después del fin del comunismo? La política sindical del Partido Comunista de Chile en la postdictadura chilena (1990–2010)*

Communism after the end of communism? The trade union policy of the Communist Party of Chile in the Chilean post-dictatorship (1990–2010)

José Ignacio Ponce

Doctorando en Historia en la Universidad de Santiago de Chile

Rolando Álvarez Vallejos

Universidad de Santiago de Chile

Resumen

El siguiente artículo aborda la política sindical del Partido Comunista de Chile. Se pone en cuestión la tesis que sostiene una supuesta incapacidad de esta organización para adaptarse a los cambios ocurridos en la posdictadura chilena. Para ello, se analiza uno de los principales ámbitos de desarrollo de esta organización política y se concluye que los comunistas chilenos, experimentaron una serie de lentas adaptaciones de sus prácticas en el mundo sindical, las cuales intentaban responder a la realidad del Chile neoliberal. Esto derivó en que, en el primer lustro del siglo XXI, elaboraran una política que incluía en su perspectiva de cambio social a los nuevos movimientos sociales, pero sin desplazar de un rol relevante a los trabajadores en un proceso de cambio social.

Palabras claves: Comunismo, Chile, posdictadura, Movimiento Sindical.

Abstract

The following paper deals with the trade union policy of the Communist Party of Chile. It calls into question the thesis that defends a supposed inability of this organization to adapt to the changes taking place in the Chilean post-dictatorship. One of the main areas of development of this party is thus analyzed and it is concluded that Chilean Communists experienced slow adaptations of their practices in the trade union world as a response to the reality of neoliberal Chile. During the first half of the 21st century this resulted in the devising of a policy which included the new social movements in their perspective of social change, maintaining the relevant role of the workers in the process.

Keywords: *Chile, communism, post-dictatorship, trade union movement*

* Este artículo forma parte del proyecto Fondecyt n° 1150583

El Partido Comunista de Chile tuvo una extensa y significativa presencia político-social a lo largo del siglo XX chileno. Su origen estuvo asociado al desarrollo del movimiento obrero en los centros de explotación minera, lo que le dio una característica impronta obrera. A pesar de verse sometido a persecuciones y extensos períodos de clandestinidad (alrededor de 30 años fuera de la ley entre 1927 y 1990), se caracterizó por su activa presencia dentro del sistema político chileno. De esta manera, apoyó a gobiernos de centro-izquierda entre fines de los años '30 y la década siguiente y luego fue pieza fundamental en la constitución de la Unidad Popular. Como se sabe, esta coalición tuvo éxito al lograr que su abanderado, el dirigente socialista Salvador Allende, alcanzara la presidencia de la república el año 1970. El PC fue un ferviente defensor de la denominada «vía chilena al socialismo», que implicaba la construcción de una sociedad alternativa al capitalismo, desde dentro de la institucionalidad política chilena, respetando la democracia y evitando una guerra civil. Pero la presencia comunista en la sociedad chilena iba mucho más allá de tener un importante número de diputados y senadores en el parlamento. Por años, fue la primera fuerza en el movimiento sindical. También tuvo una importante representación en las organizaciones estudiantiles, encabezando en los años de la Unidad Popular algunas de las principales federaciones del país. Asimismo, logró penetrar en sectores medios e intelectuales. Destacados integrantes del mundo de la cultura chilena fueron militantes del Partido Comunista, simbolizados en la figura excluyente del poeta y Premio Nobel de Literatura Pablo Neruda. Además, sus militantes encabezaron las movilizaciones campesinas por la reforma agraria y una vivienda digna donde vivir, que tuvieron su auge durante la década de 1960 y

principios de 1970. Por último, poseía medios de comunicación de masas (escritos y radiales), una editorial y sedes partidarias a lo largo de todo el país. De esta manera, es posible afirmar que los comunistas chilenos formaron parte de la historia política, social y cultural de Chile.

Con el inicio de la dictadura encabezada por el general Pinochet, el PC enfrentó las políticas de exterminio del régimen. En 1976, dos equipos de dirección del partido fueron detenidos y hechos desaparecer por los aparatos represivos de la dictadura. Años más tarde, luego de un análisis crítico de algunas de sus posiciones durante la Unidad Popular, se produjo un inédito viraje de la política del PC. En 1980 los comunistas anunciaron que validaban «todas las formas de lucha» para terminar con la dictadura, incluyendo formas armadas. De esta manera, el PC rompía con su tradicional gradualismo político, optando por una línea más radical de cara a su tradición política. Fracasada en 1986 la perspectiva insurreccional del PC, este quedó al margen del acuerdo de salida pactada de la dictadura entre ésta y la mayoría de la oposición. Opuesto a negociar con el régimen pinochetista, el costo que pagó el PC por esta posición fue quedar, a partir de 1990, como un actor muy marginal de la política chilena.

A partir de marzo de 1990, Chile recuperó la democracia, pero bajo una administración que le dio continuidad al régimen jurídico y económico creado por la dictadura. Aunque los aspectos más brutales de este régimen desaparecieron, especialmente la represión, el modelo consagró un régimen político que ha sido denominado como «democracia semisoberana», en alusión a sus limitaciones democráticas^[1]. Además, des-

1.-Carlos Huneeus, *La Democracia Semisoberana. Chile después de Pinochet*, Santiago, Taurus, 2015.



Tradicional mural realizado por la Brigada Ramona Parra, ligado al Partido Comunista de Chile, en solidaridad con los trabajadores del sector minero. Centro Cultural Gabriela Mistral, Santiago.

de el punto de vista económico, mantuvo la orientación económica neoliberal. Ante ese escenario, desde 1991 el PC prefirió mantenerse al margen de la nueva coalición de gobierno y construir un espacio de oposición de izquierda.

Durante la década de 1990, predominó en Chile la visión que el PC, producto de su opción por la lucha armada contra la dictadura y convertirse en opositor a los gobiernos democráticos, habría descapitalizado de tal forma su acervo histórico, que su destino parecía ser la desaparición como colectividad política (Riquelme, 2009). Habría predominado la ortodoxia, el arcaísmo ideológico y la incapacidad de entender el nuevo escenario político chileno. Sin embargo, a pesar de los agoreros, el PC logró recuperar parte de su antiguo poderío, especialmente a través de su presencia en el mundo sindical. Fuera del parlamento por efecto del sistema electoral heredado por

la dictadura, el comunismo chileno sorteó «el fin del comunismo», atrincherado en el movimiento sindical.

Este artículo pretende intervenir en el debate sobre la supuesta incapacidad del PC chileno para adaptarse a la nueva realidad política del país durante el período postdictatorial. Esto lo analizaremos a la luz de la política sindical que desplegó el Partido Comunista durante los 20 años de gobiernos de la Concertación. En particular, nos centraremos en dos aspectos. Primero, en describir cuales fueron sus principales ejes de acción y, segundo, en los elementos de continuidad y cambio de las tradiciones políticas del PC durante el período que comprende el texto.

La hipótesis que atraviesa a este artículo cuestiona lo que han señalado otras investigaciones respecto a la supuesta incapacidad del PC para adecuarse al contexto histórico-social postdictatorial. En efecto,

al analizar la acción comunista en el mundo sindical, planteamos que esta distó de la supuesta «ortodoxia» en la cual ha sido encasillada la política comunista durante estos años. Consideramos que, en la compleja tensión entre continuidad y cambio, el PC intentó desplegar una política que intentaba dar cuenta de las transformaciones que operaban en el mundo del trabajo y en la política chilena. Aunque manteniendo un horizonte transformador del orden capitalista, buscó desarrollar su acción entre trabajadores donde antes no había tenido mayor presencia y/o contribuir a la organización de trabajadores en nuevas condiciones laborales precarias. Así, el PC se adaptó lentamente a los cambios operados bajo el modelo neoliberal en el mundo laboral y desarrolló una resemantización de algunos de sus conceptos claves, entre ellos, el de la «clase trabajadora». Esto último, a su vez, le permitió desplegar nuevas formas de acción en el mundo sindical. Así, apuntó a nuevos actores y nuevas demandas laborales, en vista a la articulación de un «movimiento de movimientos» generado desde el mundo sindical. A este último le terminó asignando un carácter socio-político, a través del cual se construiría una agenda alternativa al neoliberalismo. Así, durante gran parte del período, el PC se desplazó hacia una perspectiva «movimientista» para construir una alternativa al neoliberalismo. Sin embargo, hacia el final de esta fase, esto lo matizó para volver a darle énfasis a la acción institucional-electoral, en el marco de una ventana de oportunidades políticas para reingresar al sistema del cual era excluido.

Un paso atrás, refugio en las certezas: sobreviviendo en la clase obrera

En el caso de los comunistas chilenos, el inicio de la década de los '90 combinó una

doble derrota: por un lado, el derrumbe de los regímenes del socialismo real, que como en el resto del mundo, habían sido el referente político de los comunistas chilenos. Por otro, el inicio de la transición pactada entre la dictadura de Pinochet y la oposición moderada que constituiría la Concertación de Partidos por la Democracia. El PC optó por mantenerse fuera de esta salida, situación que lo condenó a convertirse en un actor político marginal desde el punto de vista de la política institucional (el parlamento). La combinación entre la crisis internacional del socialismo y la posición crítica al nuevo gobierno democrático, abrió entre 1989 y 1991 una profunda crisis en el partido chileno, que, para muchos, era señal del fin del comunismo en Chile^[2].

Empero, esto no quiso decir que los comunistas quedaran paralogizados. Al contrario, el PC intentó capear la tormenta refugiándose en algunas de sus certezas y prácticas históricas. El carácter gradual de la «renovación revolucionaria» que proponían apuntaba a no abandonar el horizonte socialista y tampoco desplazar a la clase obrera de su «rol histórico». Aunque dado el carácter pactado de la salida a la dictadura, para los comunistas la democratización del país seguía siendo un desafío a conseguir, de allí que plantearan que «en la lucha por la democracia, la clase obrera debe conquistar la hegemonía, asegurando de este modo la continuidad y profundización y el paso a la revolución antiimperialista y antioligárquica con una perspectiva socialista»^[3]. En general, si bien los comunistas mantenían una lectura ampliada del actor que podía llevar los cambios sociales en el país, se circunscribía a la óptica histó-

2.— Rolando Álvarez, *Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986-2010)*, Santiago, Lom, 2015.

3.— Partido Comunista de Chile, *XV Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1989, p. 16.

rica que había tenido este partido al menos desde la década de los '60.

De todos modos, hacían un intento por definir a la clase obrera incorporando las transformaciones que el modelo neoliberal había producido en el mundo del trabajo en Chile, reconociendo que «en su interior se han registrado sensibles modificaciones». Así se aludía al nuevo proletariado subcontratado y temporal, que acentuaba las diferencias de clase y que, dadas sus condiciones de explotación, dificultaban su organización. Por ello que era fundamental «desplegar una mayor iniciativa para contribuir a la formación de su conciencia de clase»^[4]. Según la lectura comunista, los trabajadores carecían de una conciencia y una musculatura orgánica como en tiempos pasados, lo que se agudizaba por la persistencia de la legislación laboral de la dictadura y los efectos de la represión en ese período.

Si bien hacia 1989, el llamado del PC era el que tradicionalmente hacía, centrado en la principal central sindical del país (la Central Unitaria de Trabajadores, CUT) y la minería^[5], hubo algunos elementos novedosos. Destacó la apelación a volcar su accionar en lo que denominaban como capas medias, como los profesores. Desde la óptica del PC, aunque la oligarquía y el imperialismo buscaran contraponer a estos sectores con la clase obrera, «el desarrollo del capitalismo lleva(ba) inevitablemente a la gran mayoría de estos sectores hacia la proletarianización y en no pocos casos a la pauperización»^[6]. Así, se asumía como premisa que la constante polarización provocada por el capitalismo, obligaría a los sectores medios a aliarse con la clase obrera. El volcamiento hacia estos sectores, como

veremos, le rindió rápidos frutos al PC y le brindó posibilidades de salir de la situación defensiva en la que se encontraban.

En 1990, en plena crisis interna, el PC llamó a salir de la «discusión ensimismada» y desplegar la lucha social. Es así que, en la segunda mitad de ese año, en el XXI Pleno del Comité Central, llamó a «enfrentar a empresarios y a la derecha en la calle, con movilización y el combate decidido de los trabajadores». También criticó a la dirigencia demócrata cristiana de la CUT, por su búsqueda de acuerdos con el gobierno «sin la implementación práctica de ninguna otra acción sindical»^[7]. Para el PC, esto ponía en juego la independencia de los trabajadores frente al ejecutivo y al empresario. Esto, según los comunistas, se había reflejado en las reformas laborales realizadas por el gobierno de Patricio Aylwin, que en rigor no hicieron cambios profundos a las relaciones laborales implantadas por la dictadura^[8]. De allí que a principios de 1991 declarase fracasada dicha estrategia de la CUT^[9]. El problema para los comunistas, tal como señalaba Sergio Aguirre, uno de los vicepresidentes de la entidad, era «si la CUT tiene o no una conducción clasista». Según él, era «evidente que sectores de la derecha, la centroderecha y del propio gobierno buscan reducir a los trabajadores a un papel de mínima expresión, que no pueda poner en peligro el modelo económico dictatorial, modelo que hoy es asumido por el actual Gobierno»^[10].

En ese sentido, los comunistas tenían claro que un cambio en la conducción y superación de la debilidad de la CUT, pasaba por una democratización del movimiento

4.— *Ibidem*, p.49.

5.— *Ibidem*, p. 51.

6.— *Ibidem*, p. 54.

7.— *El Siglo* (28/8/1990 y 1/9/1990, pp. 6 y 7).

8.— Antonio Aravena y Daniel Núñez (2011), «Los Gobiernos de la Concertación y el Sindicalismo en Chile», *Revista Trabajo*, 8 (2011), pp. 113–130.

9.— *El Siglo* (30/12/1990 y 6/1/1991, p. 26).

10.— *El Siglo* (28/4/1991 y 4/5/1991, pp. 20 y 21)

sindical. Así lo manifestaba Jorge Pavez, por entonces dirigente comunista del profesorado y de la multisindical. Este, además de poner como desafío la recuperación de la autonomía de la CUT, planteaba que «otro desafío es la participación. Un movimiento que consiga plena participación, la total democratización de sus componentes. Que impulse, asimismo la democratización de toda la sociedad...»^[11].

Así, la apuesta de los comunistas en el marco de la posición defensiva que tomaba el movimiento sindical en la discusión de las políticas públicas, apuntaba a un posicionamiento más «autónomo» y «clasista» ante el gobierno. Sin embargo, en los congresos de la central realizados los años 1991 y 1993, el PC no pudo revertir su posición de minoría al interior de ésta. Por el contrario, se acentuó en la cúpula de la CUT la hegemonía concertacionista y, por ende, su dependencia del gobierno^[12]. El PC buscó fórmulas para romper el predominio de las fuerzas más moderadas en la central. La principal fue intentar agitar las aguas «desde abajo», a partir de su presencia en algunas importantes organizaciones sindicales.

El primer foco de agitación sindical a escala nacional impulsado por los comunistas, fue a través de la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud (FENATS). Esta organización representaba una franja importante de los afiliados a la CUT^[13] y una articulación nacional en un área que tenía una importante repercusión en todo el país. En 1990, el PC había obtenido la primera

mayoría en las elecciones del directorio, quedando la organización encabezada por el comunista Humberto Cabrera. La FENATS impulsó una serie de movilizaciones que fueron *in crescendo* desde 1991 a 1993. Cabrera, denominado por los periódicos oficialistas como «el duro», logró una casi permanente visibilización a nivel nacional, por la alta capacidad de movilización de su sector, capaz de derribar a varios ministros de salud de las administraciones concertacionistas.

Así, un dirigente proveniente del sector servicios, que no era encasillado dentro de la clase obrera tradicional, le daba vigencia a su partido como actor político-social. Su acción mostraba el camino para salir de la posición defensiva en la cual se encontraban los comunistas por entonces. ¿Qué reflexionaría el PC sobre esto durante 1994 en su XVI Congreso, momento en iniciaba el segundo gobierno de la Concertación?

Un paso adelante: agitación social y sindical comunista en los '90

Las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993 ratificaron el estancamiento electoral del PC, que se ubicaba alrededor del 6% del electorado. Además, confirmó la enorme adhesión alcanzada por la Concertación y la Democracia Cristiana, que convirtió a Eduardo Frei Ruiz-Tagle como Presidente de Chile hasta el año 2000^[14]. Y aunque en algunas zonas alcanzaron resultados no despreciables, los comunistas siguieron excluidos del sistema político-institucional. A su vez, en el plano sindical, el PC tampoco podía doblegar la dirección de la CUT. Esto se ratificó en el

11.— *El Siglo* (28/4/1991 y 4/5/1991, p. 16)

12.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010: El caso de la CUT, entre la independencia política y la integración al bloque Histórico Neoliberal*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2014

13.— Por entonces, sumaba la no despreciable cantidad de 40.000 afiliados, en un marco donde la CUT ostentaba cerca de los 500.000, representando cerca de un 8% de la misma.

14.— José Ponce, «Adaptación e inclusión de la Izquierda revolucionaria en las transiciones democráticas de Uruguay, Chile y Argentina. Una mirada desde el desempeño electoral, 1983–2009», En *Izquierdas*, 18 (2013), pp. 17–36

Congreso Extraordinario de la central, realizado en abril de 1994. En él, los demócrata-cristianos impusieron la afiliación de la multisindical a la CIOSL, entidad vinculada a los sindicatos norteamericanos. Aunque los comunistas intentaron resistirse a esta medida, no pudieron impedir la decisión. Con todo, esto generó una de las primeras crisis de la CUT^[15].

De todas maneras, si bien el PC no pudo instalar su línea política en la central, a su postura crítica ante el nuevo gobierno se sumaban otros sectores de los dirigentes sindicales, incluyendo a los de militancia concertacionista. Esto se verificó en la promoción de nuevas movilizaciones y un paro nacional el 11 de julio de 1994, que convocó entre 15.000 y 25.000 personas en las calles de la capital chilena. Tras ellas, el gobierno tendió puentes de diálogo con la CUT y envió un proyecto de reforma laboral, que, al ser criticado por el empresariado, le restó urgencia a su discusión. Esto provocó que la central asumiera una postura más crítica al gobierno, evidenciando un desplazamiento de la posición de los dirigentes sindicales hacia una más cercana a lo que planteaban los comunistas^[16].

Pero a contrapelo de la crisis de la CUT y sus limitaciones para imponer sus planteamientos en la agenda pública, expresiones sectoriales del movimiento de trabajadores cobraron gran relevancia durante una oleada de movilizaciones ocurrida entre 1993 y 1997. Si la FENATS había mostrado las posibilidades de esta forma de acción durante el último año del gobierno de Aylwin, otros actores del sector público mostraron su fuerza, tal como los trabajadores de la salud municipal y los profesores.

Dentro de una cargada agenda de movili-

zaciones laborales, una de las más relevantes fue la realizada en 1994 por el profesorado, que se prolongó durante tres semanas entre los meses de septiembre y octubre. Aunque este gremio era conducido por el demócrata-cristiano Osvaldo Verdugo, durante la movilización de 1993 se consolidó el liderazgo del dirigente comunista Jorge Pavez. Por estos años, Pavez se convirtió en la principal expresión de una corriente disidente de la conducción de Verdugo en el magisterio, siendo motejado por la prensa de la época como parte de un sector «más radical». Finalmente, en 1995 Pavez alcanzó la conducción del poderoso Colegio de Profesores, desplazando al oficialismo.

Así, Pavez y Cabrera, dos dirigentes sindicales de espacios laborales del área de «servicios» e históricamente vinculados a las «capas medias», se convertían en los principales referentes públicos del PC. Desde estos sectores, el PC comenzó a recuperar incidencia en la conducción de la CUT. Esto se relacionaba con que, desde el punto de vista electoral, eran sectores estratégicos al interior de la central. Entre ambos tenían cerca de un 35% de sus afiliados^[17]. Así comenzó a cambiar la orientación política de la principal multisindical chilena.

Ante este panorama, es interesante contrastar los cambios del discurso sobre lo laboral y sindical de los comunistas entre sus Congresos Nacionales de 1994 y 1998. El XX Congreso^[18] se desarrolló a lo largo de 1994 y terminó a comienzos de su segundo semestre, justo cuando las movilizacio-

17.— Entre ambos sectores sumaban cerca de los 115.000 afiliados (25.000 la FENATS y 90.000 el Colegio de Profesores) de 325.000 que ostentaba la CUT (Osorio, 2014)

18.— El XX Congreso partió siendo el número XVI, pero la resolución de asumir como fecha fundacional 1912 (año en que se funda el Partido Obrero Socialista) y no 1922 (cuando el POS se transforma en Partido Comunista de Chile), suman los cuatro congresos que había realizado el POS.

15.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

16.— *Ibíd.*

nes de la salud y los profesores estaban en pleno despliegue. Esto explica la optimista mirada de los comunistas sobre el supuestamente ascendente descontento social contra el gobierno. Según el PC, desde el punto de vista de las condiciones de vida de la población, «la situación comienza a ser crítica...»^[19]. Reafirmando su mirada sobre la expansión de la proletarización del país (la cual alcanzaba cerca de un 75%, según sus cálculos), los comunistas buscaban contrarrestar aquellas miradas que pregonaban la desaparición de la clase obrera, como lo señalaba cierta sociología del trabajo.

De tal manera, se desprendía que, para los comunistas, los movimientos laborales de la salud y los profesores eran parte de los «nuevos proletarios» del área de servicios, los cuales concentraban una alta franja de la población laboral. De esta manera, el PC «encajaba» a estos trabajadores dentro de una categoría tradicional de su discurso, sin desarrollar aún una lectura más compleja sobre el neoliberalismo y los trabajadores.

Con respecto a la crisis del sindicalismo, tema instalado en el debate público en esa época, los comunistas reiteraban que era producto de las repercusiones de la dictadura y de su legislación. Responsabilizaba a los gobiernos de la Concertación, que, frente a la debilidad del poder negociador de los trabajadores, «privilegian al empresario y consideran al trabajador como un elemento que debe someterse a las leyes de una macroeconomía que sólo beneficia al capitalista. Esto aumenta el descontento del asalariado y lo impulsa a romper la pasividad de los últimos años»^[20].

Por otro lado, reiteraban su crítica a la dirección de la CUT, por considerar que se subordinaba a las políticas neoliberales del

gobierno. Esto, se decía, rompía la tradicional independencia de clase del movimiento sindical chileno. En oposición a ello, el PC declaraba que eran «partidarios de un movimiento sindical unitario y diverso, independiente del gobierno y de los patrones, su pluralismo presupone su autonomía en relación a los partidos políticos, pero no el apoliticismo, que niega y debilita su carácter de organización que existe para defender los intereses del proletariado moderno. No obstante, los trabajadores siguen constituyendo la fuerza motriz determinante para llevar adelante los cambios de fondo que el país demanda. A ellos, a la elevación de su organización y de su conciencia, debemos dedicar los mayores esfuerzos»^[21]

De esta manera, los comunistas mantenían el concepto de proletariado de una manera extensiva, que incluían a los actores «modernos», incluyendo a aquellos del sector servicios, ubicándolos como el «motor» de la «revolución democrática», que planteaban como desafío central para el país. Para el PC, «la dimensión clasista de la lucha por el cambio social es indiscutiblemente un componente básico». Sin embargo, esto no negaba que «las transformaciones revolucionarias... congregará también movimientos sociales que se forman para resistir las secuelas de la dominación del capital en otros ámbitos. El capitalismo genera nuevas contradicciones que abren nuevos espacios de alianzas»^[22]. De esta forma, aparecía en el lenguaje del PC la categoría de movimiento social, como espacio de construcción contrahegemónico al neoliberalismo. Con esto, el PC diversificaba el sujeto histórico que haría el cambio social, abarcando otras dimensiones más allá del mundo del trabajo, pero sin dejar de considerar que éste seguía siendo el actor clave.

19.— Partido Comunista de Chile, *XX Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1994, p. 4.

20.— *Ibidem*, p. 13.

21.— *Ibidem*, p. 12 y 13.

22.— *Ibidem*, p. 13 y 14



Acción reivindicativa de la Confed. de Trabajadores del Cobre (CTC), uno de los sectores laborales más movilizadas en Chile desde la década de 2000. Año 2015 (Foto facilitada por los autores).

La política sindical del PC obtuvo importantes resultados el año 1996, cuando los comunistas lograron una mayoría relativa en la CUT. Con Pavez a la cabeza del Colegio de Profesores y Cabrera en la FENATS, junto con la incidencia en otros sectores laborales, como el forestal, el cuprífero y la construcción, entre otros, los comunistas alcanzaron un 28% de los votos. Si bien no era la mayoría, le permitió romper la hegemonía de los demócrata-cristianos, que obtuvieron solo un 25,8% de los votos. En este marco, el PC apoyó al dirigente socialista Roberto Alarcón para presidir por dos años la multisindical, desplazando a la candidata de la Democracia Cristiana^[23].

Los años 1996 y 1997 fueron años complejos para el movimiento sindical. Un antiguo y tradicional sector obrero, los trabajadores del carbón, sufrieron en esos años una derrota definitiva, que derivó en el cierre de

los yacimientos de la estatal ENACAR^[24]. El movimiento que resistió a esta medida, estuvo conducido por militantes comunistas, que tenían una histórica influencia en la llamada «zona roja» del carbón. La movilización, que tuvo alto impacto mediático y que estremeció el debate nacional, instaló la discusión sobre la muerte de la cultura obrera, la cual se conjugaba con la crisis que vivía la CUT y la baja tasa de afiliación sindical a nivel nacional. Esto lo aprovechó el influyente periódico derechista *El Mercurio* para editorializar sobre el tema. La presidenta del PC, Gladys Marín, respondió de la siguiente manera frente a la supuesta defunción de la cultura obrera en Chile: «No lo creo así, ya que felizmente esos valores

23.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

24.— Carlos Sandoval, *De Subterra a Subsole: El fin de un ciclo*, Santiago, Quimantú, 2011; Cristina Moyano, «El Partido Comunista y las representaciones de la crisis del carbón: La segunda renovación», *Tiempo Histórico*, 2 (2011), pp. 27–42; José Ponce, *Acción sindical durante los gobiernos de la Concertación. Los casos de las movilizaciones de Lota (1994–1997) y de Codelco (2005–2008)*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2015

se han proyectado y enraizado en corrientes políticas, sociales, que se enfrentan al modelo capitalista neoliberal que pretende eliminar toda cultura transformadora. Y la cultura obrera, transformadora, proveniente del movimiento obrero, se han traspasado a otros sectores de la sociedad, como valores humanistas y costumbres de una verdadera civilización»^[25].

Con todo, desde nuestro punto de vista, los cambios que vivía el movimiento sindical, obligó a los comunistas a profundizar su reflexión sobre la tradición de lucha de los trabajadores. Así comenzó una transformación conceptual que casi diluyó el término de «clase obrera», que prácticamente desapareció en el XX Congreso del partido. Se mantenía el concepto de «proletariado», pero se ampliaba hacia sujetos que antes se concebían propios de la clase media, que ahora se les consideraba asalariados. Esto explica que se comenzara a utilizar los términos de clase trabajadora y trabajadores. Además, esta resemantización dejaba de lado el eje analítico en torno al papel en la producción, para enfocarse en una conceptualización más basada en la tradición de la cultura obrera. Esta, como lo señalaba Gladys Marín, se habría trasladado a otros sectores laborales y sociales que asumían una posición más combativa respecto al neoliberalismo. Entre ellos, se incluirían los profesores, los trabajadores de la salud y los estudiantes, entre otros.

Esta noción cultural del concepto de clase permitió abordar a los trabajadores como un actor excluido^[26] y permitía conectarlos con otros actores que estaban bajo esa misma condición. Para el PC, la resolución de sus problemas debería ser través de un pro-

yecto político alternativo al «modelo neoliberal». Retomar la senda de la identidad combativa y autónoma, como hemos visto, se convirtió en uno de los ejes que promovieron los comunistas durante la década de 1990. Pero no se hizo como un ejercicio deliberado de «renovación ideológica» desde un grupo intelectual, sino más bien como una adaptación necesaria producto de la crisis de las expresiones tradicionales de «la clase obrera» y la aparición de nuevos sujetos laborales que encabezaban las luchas más directas contra el modelo neoliberal.

¿Un segundo paso adelante?: el camino hacia un sindicalismo anti-neoliberal del PC (1998–2002)

El año 1998 marcó uno de los momentos de mayor avance de la política sindical del PC en esa década. En diciembre, luego de 28 años, un comunista volvía a ganar la presidencia de la CUT, personificado en el entonces desconocido dirigente cuprífero Eitel Moraga. Esto lo lograban al alcanzar una amplia mayoría relativa, que se volvió en absoluta al mantener la alianza con el sector socialista de Roberto Alarcón, justo cuando la incidencia demócrata-cristiana se derrumbaba al interior de la multisindical^[27]. Sin embargo, la conducción comunista de la CUT enfrentó una serie de condicionantes. Por un lado, el descenso de la afiliación sindical a un 11,5%; por otro, profundas tensiones políticas internas en la central, dejando a Moraga y al PC como los principales responsables para resolver la crisis del sindicalismo en Chile. Este complejo escenario se agudizó con las repercusiones de la «crisis asiática» del año 1999. Los comunistas enfrentaron la nueva

25.— *El Siglo* (26/7/1996, p.3)

26.— Cristina Moyano, «El Partido Comunista y las representaciones de la crisis del carbón», pp. 27–42.

27.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

situación política y sindical —en gran parte— con las reflexiones que realizaron en su XXI Congreso llevado a cabo el año 1998.

El avance en el mundo social y un leve aumento en las elecciones parlamentarias de 1997 (superaron por primera vez el 7%), permitieron ratificar la línea política del PC, basada en la tesis de la «revolución democrática». Asimismo, el contexto latinoamericano acicateaba al PC. Primero había sido el movimiento zapatista y luego, el avance del proyecto bolivariano de Hugo Chávez. Por ello, los comunistas comenzaron a visualizar que el descontento social podía configurar un proyecto alternativo al neoliberalismo. Tal como había ocurrido en otras latitudes, la movilización social podía incubar las proyecciones de una alternativa al «modelo».

En todo caso, la construcción de esta alternativa el PC no significó hacer tabula rasa ante sus tradiciones y lecturas históricas. Por ello que el desafío de la «revolución democrática», debía llevarla adelante un movimiento social amplio y plural, pero que de todas maneras tenía a los trabajadores como eje articulador. En su Congreso de 1998 afirmaban que las alternativas a la derecha y a la Concertación, se «expresan en primer lugar en el desarrollo del movimiento social». En esta perspectiva, sostenían que «la izquierda y el protagonismo del movimiento social son la base en la que se sustenta la construcción de un movimiento nacional democrático y rupturista». Para los comunistas, los sectores y fuerzas sociales que constituían el sustento de la «nueva mayoría nacional» eran los trabajadores, pero también «los estudiantes, académicos universitarios, profesionales, intelectuales y trabajadores de la cultura; los medianos, pequeños y microempresarios; los trabajadores independientes; los pequeños propietarios rurales; los mapuches; los pobladores, dueñas de casa, consumido-

res, medioambientalistas»^[28].

Las movilizaciones de los últimos años, decía el PC, habían hecho emerger nuevas demandas, dentro de las cuales los comunistas destacaban las luchas por la estabilidad laboral, la defensa de la salud y la educación pública, de los recursos naturales y el medio ambiente, el rechazo a las privatizaciones y el reconocimiento de los pueblos originarios. Desde su óptica, «producto de todas estas luchas, el movimiento social ha ido madurando, obteniendo la izquierda y el PC una importante presencia en su conducción, tanto en las federaciones universitarias y de enseñanza media, como en federaciones sindicales y en la CUT. El reciente y contundente éxito en el Colegio de Profesores así lo confirma»^[29]. En este sentido, consideramos que los comunistas, si bien reafirmaban varias de sus tesis del XX Congreso, complejizaron su visión de la acción político-social. En efecto, la perspectiva que incorporaba a diversos actores como factor de cambio, aproximó al PC a una dimensión «movimientista» de la lucha social.

Sin embargo, ya decíamos que los trabajadores seguían estando en el centro de la estrategia del PC. Por tanto, el llamado era doblegar los esfuerzos, pues tal como habían constatado, «a pesar de todas las trabas legales e institucionales del sistema, se han desarrollado importantes movimientos de los trabajadores, y avances en la democratización y carácter clasista del movimiento sindical». Pero esto era insuficiente, porque más allá de las dificultades legales y estructurales que enfrentaba el movimiento sindical, el gran problema era que éste «no asume el rol transformador que, a través de su acción, le corresponde en la sociedad».

28.— Partido Comunista de Chile, *XXI Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1998, p. 16.

29.— *Ibíd.*, p. 15.

Esto ponía el control de la CUT en el eje de la política del PC.

Por ello, en un contexto donde distintos pequeños grupos políticos se alejaban de la CUT, incluidos dirigentes ex-comunistas, estos ratificaban que debían «jugársela por fortalecer la CUT y hacer de ella la máxima organización de los trabajadores, pero con claro contenido alternativo al modelo neoliberal y recogiendo la histórica vocación clasista, democrática y unitaria del movimiento sindical chileno. Los trabajadores quieren ver una actitud de lucha más clara y decidida de parte de la CUT»^[30]. El triunfo que obtuvieron a fines de 1998, a pesar de las limitaciones que lo rodearon, parecía confirmar la apuesta política del PC. De manera típicamente optimista, el PC consideró que el triunfo en la CUT podría marcar «un nuevo momento político» que si bien podía traer una posible «involución democrática», también podría generar «mayores posibilidades para el movimiento popular, lo cual nos exige y nos permite pasar a una etapa superior en el proceso de construcción de la alternativa al neoliberalismo, y de una Nueva Mayoría Nacional para una salida democrática»^[31].

A diferencia de lo que ocurría en los primeros años de la década de 1990, desde 1999 los comunistas estaban en el centro de la política sindical, conduciendo la CUT y poderosos gremios como el de profesores y la salud. El camino para llegar a este punto había dotado de nuevas experiencias y reflexiones a sus militantes, en función de intentar construir una alternativa al modelo neoliberal.

La alternativa del PC en el albor del nuevo siglo: el sindicalismo socio-político

30.— *Ibidem*, pp. 44 y 45.

31.— *Ibidem*, p. 16.

A fines del siglo XX, los comunistas chilenos intentaban adaptarse a la nueva realidad político-social del país, particularmente en el mundo laboral. Al calor del activismo sindical, con triunfos y derrotas, resemantizaron su mirada sobre los trabajadores e intentaron elaborar una lectura propia sobre los cambios que había provocado el neoliberalismo en el país. El nuevo momento político que visualizaban en el Congreso de 1998 y el triunfo en la CUT, los llevó a creer que el contexto era propicio para desbordar la exclusión político-institucional y encabezar una alternativa a la derecha y al oficialismo de centro-izquierda. Por ello, levantaron la candidatura presidencial de Gladys Marín, su insigne líder. Sin embargo, los exiguos resultados logrados por ésta y nuevamente quedar excluidos del parlamento^[32], provocaron que el PC mantuviera como uno de sus ejes principales de acción el mundo social y sindical.

En este ámbito, los comunistas enfrentaban una serie de disyuntivas producto del nuevo escenario, particularmente en la CUT. Uno de estos factores fue el cambio de gobierno. Si bien en 2000 el representante de la Concertación Ricardo Lagos triunfó en las elecciones presidenciales, el cambio radicó que el eje de la coalición viró a posiciones supuestamente más a la izquierda. Esto se expresó inicialmente en una mayor voluntad de diálogo para llevar a cabo reformas laborales. Sin embargo, prontamente las ilusiones se acabaron y la administración Lagos se convertiría en la más neoliberal del ciclo de gobiernos de la Concertación. Por otro lado, operaba la crisis de la CUT como actor sindical relevante, pues las marchas impulsadas durante este período, demostraron la debilidad de la central. Las críticas se concentraron sobre

32.— Alfredo Riquelme, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, DIBAM, 2009.

la incapacidad de la conducción de Moraga para revertir esta situación^[33]. Así, de cara a las elecciones internas de la CUT en 2000, los comunistas resultaron derrotados.

El PC obtuvo solo un 24,7%, mientras la lista del ex militante socialista Arturo Martínez obtuvo un 26%. Las dos listas de la Concertación sumaban 47,6%. Ante ello, los comunistas optaron por apoyar a la lista de Martínez. Este había obtenido la primera mayoría individual y se había perfilado con posturas independientes y críticas al gobierno de Ricardo Lagos. Aunque las listas de la Concertación presionaron para revertir esta situación, Martínez asumió la presidencia de la CUT, repartándose los principales cargos de la multisindical con los comunistas. De toda forma, a pesar del traspie electoral del PC en la CUT, la colectividad lograba consolidar su posición relevante en la central. Bloqueó el retorno de la Democracia Cristiana a la presidencia, dejando la conducción en manos de un dirigente que, al menos en teoría, se posicionaba en el eje izquierdista de los sectores de gobierno.

Pero el PC también debió enfrentar otros obstáculos, como por ejemplo la salida de un grupo importante de dirigentes comunistas en el Colegio de Profesores, entre ellos Jorge Pavez, su principal referente. Con esto, los comunistas perdían momentáneamente la conducción de la principal organización gremial del país. Ante este panorama, el PC debió optar entre una «moderación» como exigían dirigentes sociales y políticos, o la profundización de su línea de confrontación al «modelo». En dicho escenario, el PC partió de la premisa que, dentro de la institucionalidad chilena, no era posible la real democratización del país. Por ello, se hacía necesario, decían los comunistas, imponer

«cambios en nuestra elaboración y práctica política, debemos concluir que es indispensable un viraje, un desplazamiento de todos nuestros esfuerzos hacia la base social, hacia los trabajadores, para construir en todos los sectores movimientos de masas resueltos a intensificar sus luchas por sus derechos y aspiraciones enfrentando de mil formas al sistema. Esto nos demanda actuar hacia afuera, hacia el pueblo, cotidiana y activamente y no sólo en los períodos electorales, como nos ha ocurrido en gran medida durante estos años»^[34].

Por tanto, ante un escenario político y sindical complejo, los comunistas tomaron el camino de enfatizar un «viraje», que en realidad era la consolidación de la dimensión «movimientista» de su política, que encontró en el XXII Congreso su máxima elaboración. El «viraje» ratificaba la tesis de un nuevo «sujeto histórico», donde los trabajadores ocupaban un papel articulador dentro de varios actores, lo cual se basaba en las propias contradicciones generadas por la globalización capitalista neoliberal. Así, desde la óptica del PC, los trabajadores tenían un papel imprescindible, estableciendo alianzas con sectores que, por distintas razones, compartían objetivos comunes. En ese marco, los trabajadores, por su condición de clase y papel estratégico en el funcionamiento del sistema, serían el núcleo que garantizaría el sello transformador del movimiento social.

Bajo este supuesto, la CUT pasaba a jugar un papel fundamental en el «viraje» de la política comunista, pues debía ponerse a la cabeza de lo que el PC denominó como un «movimiento de movimientos». Por eso que, a contrapelo de las críticas de los dirigentes concertacionistas contra la politización que promovía el PC en el mundo sin-

33.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

34.— Partido Comunista de Chile, *XXII Congreso del Partido Comunista de Chile*, 2002, p. 15.

dical^[35], los comunistas afirmaban que ese era el camino a transitar. La orientación era que sus «dirigentes sindicales asuman un rol mucho más politizador al interior de las organizaciones sindicales. Se plantea la necesidad de impulsar un nuevo sindicalismo, más vinculado con la base, más combativo, rupturista y basado en la movilización.»^[36]. Esto fue el núcleo de lo que se denominaría como el sindicalismo socio-político.

La pluralidad del «nuevo sujeto político y social de masas», estaba compuesto por un cuadro de actores que supuestamente se oponían a la globalización capitalista y al neoliberalismo salvaje. Entre ellos, se consideraban a las organizaciones sindicales, de cesantes, estudiantiles, del mundo juvenil, de mujeres, de los pueblos originarios, ecologistas, de derechos humanos, de la diversidad sexual, de profesionales, del arte y la cultura, de la comunidad científica y los ecologistas, de pequeños y medianos empresarios, de sectores de la burguesía nacional. Todos habían sido golpeados por el sistema y cuyas reivindicaciones específicas comenzaban a converger, según los comunistas, alrededor de la exigencia de una sociedad distinta. El lema «otro mundo es posible» simbolizó el «viraje» comunista. Así, el movimiento sindical se debía convertir en el motor para politizar y dotar a los movimientos sociales de una agenda de lucha más frontal contra el neoliberalismo. En ese marco, se comprende la batalla, por ejemplo, que dio el PC para mantener su incidencia en la CUT e impulsar a través de ella las movilizaciones por un «Chile Justo y Democrático», que tendrían resonancia en la agenda pública nacional entre el 2003 y 2004^[37].

35.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

36.— Partido Comunista de Chile, *XXII Congreso*, p. 50.

37.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

Pero además de esta perspectiva de mayor politización del movimiento sindical, los comunistas reconocían que se volvía apremiante ahondar en el conocimiento de los cambios producidos en el mundo del trabajo, para de esta manera «ser los primeros actores en la tarea urgente que es elevar la organización sindical»^[38]. Esto explica la importancia que se le asignaba a los trabajadores «desregulados» o «eventuales», entre ellos, los subcontratados: «Debemos ocuparnos de la organización del 66% de los trabajadores desregulados, impulsando con más fuerza la organización en aquellos sectores económicos donde predomina este tipo de trabajadores, tales como temporeros de la fruta, pesqueros, salmoneros, forestales y vitivinícolas». Además, se debía tender a unificar los sindicatos tradicionales con los trabajadores desregulados, «para desarrollar un accionar diferente del actual, de confrontación con el modelo, de movilización social y de acción común con otras organizaciones sociales y políticas que están por cambios democráticos...»^[39].

Así, el PC otorgó gran importancia a la organización de los trabajadores «desregulados» y «temporales», que crecían de manera exponencial bajo el modelo chileno. En sectores estratégicos de la economía del país, como la minería del cobre, superaban el 60%. El PC contaba con presencia entre los sindicatos de los contratistas del cobre desde el tiempo de la dictadura de Pinochet. Estos cobrarían gran relevancia a mediados de la década de 2000.

En el año 2004, la política laboral del PC estuvo marcada por el nuevo acuerdo con Arturo Martínez para que este condujera la CUT. Impulsaron la creación del «Frente contra la exclusión», el cual asumía la necesidad de romper con la ley electoral por

38.— Partido Comunista de Chile, *XXII Congreso*, p. 40.

39.— *Ibidem*, p. 33.

medio de un pacto entre las fuerzas oficialistas, la izquierda extraparlamentaria y los movimientos sociales. Sin embargo, esto no llegó a buen puerto. En tanto, el año 2005 falleció la presidenta del partido, Gladys Marín, símbolo de la línea confrontacional y de raigambre movimientista del PC. El cambio de conducción traería nuevamente algunos desplazamientos en la acción comunista.

De la irrupción de los subcontratados al ¿nuevo viraje?

Durante el segundo lustro de 2000, el PC participó de manera protagónica en la activación de las movilizaciones de trabajadores subcontratados, destacando las de la minera estatal CODELCO, los forestales y los de la salmonicultura.

Hacia el año 2005, los comunistas habían promovido la construcción política llamada «Juntos Podemos». Esta intentaba canalizar electoralmente los distintos movimientos de protestas y hacer converger a las distintas fracciones de la izquierda extraparlamentaria. Si bien su performance electoral del año 2005 había mantenido la tendencia de los años anteriores, los votos «cautivos» del PC lo convirtieron en un actor relevante para definir el triunfo de Michelle Bachelet ante Sebastián Piñera en la segunda vuelta presidencial, realizada en enero de 2006^[40]. Aunque la decisión de respaldar a la candidata de la Concertación le costó una crisis al interior del «Juntos Podemos», la nueva dirección partidaria, encabezada por Guillermo Teillier, la estimó necesaria en función de buscar los ansiados cambios de la institucionalidad postdictatorial. Aho-

ra bien, esto no significó un cambio en la orientación política de la colectividad, sino más bien un desplazamiento coyuntural, pero que en el Congreso partidario de 2006 adquirió un carácter más formal.

El Informe y las resoluciones del XXII Congreso del PC fueron amplias. En primer lugar, se propuso un nuevo énfasis en la línea política, centrada en «la solución a la contradicción entre neoliberalismo y democracia... [a través de] la conquista de un gobierno democrático, nacional y de justicia social, con la unidad y la lucha del pueblo». De tal manera, se comenzaba a diluir la tesis de la «revolución democrática», pasando a verse como central la conquista de un gobierno que debía consagrar principalmente una nueva Constitución e instalar una Asamblea Constituyente. Sin embargo, también se planteó una «agenda corta» de cinco puntos, en la que se basó el apoyo a Bachelet en la segunda vuelta del año 2006. Cuatro de estos puntos formaban parte del petitorio de la CUT: «la reforma del sistema previsional, la reforma a la educación, la reforma al Código del Trabajo y la reforma del sistema electoral»^[41]. En este escenario, el PC enfatizó especialmente la reforma al sistema electoral, por lo que el Congreso mandató a la dirección para negociar este aspecto con el gobierno.

En segundo lugar, el XXII Congreso reinstaló la importancia para el PC de lograr una alianza política y social de carácter «amplio». Esto los tensionaba con sus aliados del «Juntos Podemos», que criticaban fuertemente el apoyo comunista a Bachelet. El PC respondió que era una alianza táctica y que mantenían considerando que lo más importante era fortalecer la izquierda. En todo caso, señalaban que «estamos por avanzar con los que quieran avanzar,

40.— José Ponce, «Adaptación e inclusión de la Izquierda revolucionaria en las transiciones democráticas de Uruguay, Chile y Argentina. Una mirada desde el desempeño electoral, 1983–2009», En *Izquierdas*, 18 (2013), pp. 17–36.

41.— Partido Comunista de Chile, *XXIII Congreso del Partido Comunista de Chile*, 2006, p. 8.

convencidos que un rico accionar será determinante para lograr dicho objetivo»^[42]. Así, dejaban entrever la posibilidad de romper sus relaciones con quienes mantenían una postura distinta a su política.

La política sindical del PC durante este periodo alcanzó importantes resultados el 2007, un año antes de las elecciones municipales. Aquel año irrumpieron con fuerza los movimientos de trabajadores subcontratados forestales y cupríferos. Todos ellos estuvieron encabezados por dirigentes comunistas, los cuales alcanzaron gran notoriedad, especialmente el dirigente del cobre Cristián Cuevas, quien se convirtió en uno de los principales dirigentes públicos del PC. La huelga protagonizada por este sector, marcó un hito en la historia reciente del movimiento sindical chileno, porque por primera vez, el coloso del cobre, la estatal CODELCO, aceptó negociar con los trabajadores fuera de las reglas de las leyes laborales. Estas, creadas en 1979 por la dictadura y no modificadas en democracia, aseguraban el debilitamiento de los sindicatos y permitían el reemplazo de trabajadores en huelga. Los contratistas del cobre encabezados por Cuevas, lograron revertir estas adversidades y poner en el centro del debate la urgencia de reformas a las leyes laborales^[43].

El remezón político provocado por este ciclo de huelgas, también se dio en el Colegio de Profesores, gremio en el que los comunistas habían desplazado a Jorge Pavez. Con el nuevo presidente de los docentes a la cabeza, el comunista Jaime Gajardo, el magisterio protagonizó los últimos meses del año 2007 una masiva movilización. Esta terminó con importantes logros para los

profesores. Este cuadro general generó un año de agitación laboral y de discusión de las relaciones en el trabajo. En el contexto de un régimen que había naturalizado las reglas económicas del neoliberalismo, este debate implicó una inédita reflexión pública sobre la necesidad de regular las normas del libre mercado. Este ciclo de movilizaciones sufrió una curva descendente hacia mediados del año 2008^[44].

El 2008, el PC continuó su política de acercamiento a la Concertación. Esto se expresó en la firma de un acuerdo electoral restringido para las elecciones municipales de ese año. Esto le permitió al PC aumentar su número de alcaldes y concejales electos. Este acuerdo, abrió la puerta para un nuevo pacto, ahora en las presidenciales y parlamentarias de 2009. Gracias a este acuerdo, los comunistas retornaron al parlamento después de 37 años.

De tal manera, gracias a que los comunistas se mantuvieron como actores sindicales importantes en el país, acumularon un capital político que les permitió negociar reformas al modelo institucional heredado por la dictadura y administrado durante dos décadas por los gobiernos democráticos. La movilización de sectores laborales estratégicos, la consolidación de su presencia en la CUT y un caudal de votos significativo, facilitaron que la Concertación se abriera a negociar con el PC hacia finales del gobierno de Bachelet. Para el PC, esto no era necesariamente una ruptura total con su anterior política, sino más bien un desplazamiento hacia un énfasis más institucional. Así, el PC volvía a tener incidencia en los espacios políticos en los que históricamente se había desarrollado: en la institucionalidad política y el movimiento social^[45].

42.— *Ibidem*, p. 6.

43.— Rolando Álvarez, «¿Desde fuera o dentro de la institucionalidad? La 'huelga larga del salmón' y las nuevas estrategias sindicales en Chile (2006–2008)», en Antonio Aravena y Daniel Núñez (eds.), *El renacer de la huelga obrera en Chile*, Santiago, ICAL, 2009.

44.— *Ibidem*.

45.— Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del Mundo*. Santiago, Lom, 2011.